NATURALEZA Y SOCIEDAD: ESPIRAL DE CAMBIO Y VISIÓN DE FUTURO

“...he de repetir que el desarrollo para que sea auténtico, es decir, conforme a la dignidad del hombre y de los pueblos, no puede ser reducido solamente a un problema “técnico”. Si se le reduce a esto, se le despoja de su verdadero contenido y se traiciona al hombre y a los pueblos, a cuyo servicio debe ponerse”.

Juan Pablo II. 1987.

Nos encontramos en la denominada crisis del paradigma tecno-económico basado en el uso intensivo de materia prima y energía. La misma está significativamente influenciada por los problemas de aseguramiento de fuentes energéticas tradicionales y por el impacto negativo que han ejercido las actividades industriales sobre el ambiente.

Entre los principales indicadores de la situación ambiental se encuentran aquellos relativos al calentamiento global, contaminación, alteración del equilibrio ecológico con la consiguiente pérdida de la diversidad biológica, destrucción de la capa de ozono del planeta y acumulación de desechos tóxicos, los cuales representan amenazas devastadoras para la vida en nuestro planeta. Lunin (1998), en su trabajo sobre seguridad ecológica, establece que la crisis actual es la sexta crisis en la historia de la tierra. La llaman también la crisis de los reductores, ya que la contaminación acelerada supera la capacidad de los reductores naturales para depurar la biosfera de sustancias nocivas y sintéticas producto de las actividades humanas.

En el mismo orden de ideas, Al Gore (1994) afirma que *“...la restauración del equilibrio ecológico de la Tierra depende de algo más que de nuestra capacidad para restablecer una equivalencia entre la enorme avidez de la civilización en búsqueda de recursos, y el frágil equilibrio de la Tierra (...) debemos encontrar el equilibrio en nosotros mismos, entre lo que somos y lo que hacemos”*. Son muchas las voces que reconocen la necesidad de una nueva ética de consumo, en la que actúen como factores primordiales la finitud de recursos, la protección del medio ambiente y la solidaridad con toda la humanidad, presente y futura. Estas recomendaciones se pueden representar como una espiral de cambios que involucre una reformulación de intereses y prioridades conjugados con una visión de futuro. Dichos cambios se deben originar en los individuos, en sus concepciones de la vida, de la naturaleza y de lo que significa vivir en sociedad, y continuar hasta los países, en los cuales se asegure la disponibilidad de mecanismos –políticos, económicos y sociales– orientados al logro de la equidad y la justicia integral.

El mercado de la energía está cambiando gracias a la potente combinación de los avances tecnológicos y las iniciativas gubernamentales, motivadas éstas por la gravedad de los problemas ambientales. Sin embargo, la eficiencia energética depende de decisiones que involucran al conjunto de la sociedad: organizaciones industriales, comerciales y no gubernamentales, instituciones mundiales para el cuidado del ambiente, centros de investigación científica y tecnológica, además del gobierno y los ciudadanos. El propósito consiste en definir un nuevo modelo de desarrollo que contemple aspectos relacionados con el crecimiento económico, los derechos humanos, la equidad social y el bienestar colectivo, basándose en enfoques solidarios respecto a la protección del ambiente global. Por lo tanto, el éxito de dicho modelo estará centrado en la participación y compromiso de todos los actores sociales. La idea es redireccionarlo hacia el bienestar de la naturaleza y por ende, de la sociedad como parte integral de ésta.

El error está en buscar la solución sólo a través de la sustitución tecnológica, típico de la cultura heredada de la época de desarrollo industrial y del enfoque positivista de la ciencia. Los esfuerzos deben estar orientados prioritariamente hacia el diseño de un sistema energético eficiente y renovable, que incluya la captura, distribución, almacenamiento y pautas consumo. Según posiciones manifestadas por representantes de instituciones ecologistas es necesario un rompimiento entre la retórica del desarrollo sustentable, que implica más que eco-eficiencia, tecnologías limpias y capitalismo verde, y la realidad de un sistema económico global que valora únicamente el crecimiento, el comercio y la expansión de las inversiones. Este dilema es el causante del colapso ambiental, económico y social.

La lucha ambiental es una lucha por la vida sin el dominio absoluto de la ciencia y la tecnología, sin el predominio de los intereses del industrialismo. Es utilizar el conocimiento, los bienes materiales y las tecnologías, sin que los mismos solapen y se mantengan por encima de la naturaleza espiritual del hombre. Mires (1996), en su libro titulado *“La Revolución que nadie soñó o la otra posmodernidad”*, menciona tres principios fundamentales: *“...uno, que la economía debe regirse por el criterio de responsabilidad más que por el ganancia inmediata. Dos, que es necesario crear prácticas económicas sustentables. Tres, que para ello es necesario una nueva comunidad humana, lo que quiere decir, nuevas relaciones sociales y políticas”*. Por otra parte, las recomendaciones brindadas en el marco del primer Foro sobre Diálogos de la Tierra (realizado en Lyon, Francia, 2002), abogan en primer lugar por un cambio ético, expresado en el entendimiento de la controversia entre desarrollo sustentable y globalización e intereses públicos y privados, además de la relevancia de los programas educativos sobre desarrollo. Todos estos aspectos integrados en un marco de valores comunes, en las necesidades reales del ser humano. Se requiere compasión, respeto, tolerancia, solidaridad y paz mundial para el bien de todos.

APHA